

# REALIDAD HISTÓRICA Y GENERACIÓN DEL 98

Antonio Heredia-Soriano

## 1. Una moneda gastada: el concepto “generación del 98”

En cierto modo la historia la hacen y la deshacen los historiadores. Ellos con sus estudios configuran o desfiguran la memoria colectiva, la imagen que de sí va formando la humanidad o una parte de ella, caminando hacia el futuro. De ahí la necesidad que tiene cada época de revisar su pasado para poseerse con más claridad y proyectar con más acierto. Es lo que viene ocurriendo desde ese nuevo ciclo interno de revisión cultural que afloró entre nosotros en los años 60, ayudado, entre otros factores, por la profunda transformación operada en las disciplinas históricas y en la crítica literaria y filosófica. Uno de los frutos de la nueva atmósfera, a pesar de la tentación ideologizadora, ha sido el deseo, expresado en múltiples campos de la cultura nacional, de poseer el pasado *íntegro*, causa y efecto a la vez del ansia de revisión de viejos presupuestos; en última instancia, causa y efecto del ansia de verdad.

Uno de esos supuestos sometido a revisión ha sido el concepto “generación de 1898”. Un término que por su simplicidad, evocación y fuerza expresiva ha hecho época en nuestra historia literaria y filosófica, alcanzando la más amplia difusión. Pero también ha llegado a ser por las especiales circunstancias de su nacimiento y posterior impregnación ideológica, uno de esos “árboles” que no deja ver el bosque de la compleja realidad finisecular; un rótulo convertido en moneda forera de nuestro particular reino literario-filosófico; un marbete imitativo y cómodo, transformado casi en el único referente de toda una época; un prejuicio silencioso o sonoro, en todo caso -como decía Cacho Viu- un “filtro distorsionador” de la visión, un “salvavidas de cualquier trabajo que se mueva con poca familiaridad en el terreno intelectual ...”.<sup>1</sup>

Nació de dos madres tarde y a deshora, en 1913,<sup>2</sup> y por tanto bifurcado. Adoleció de dicrotismo congénito, como era de esperar viniendo de progenitores de tan distinta sensibilidad y de universo

---

<sup>1</sup> Vicente Cacho Viu: *Repensar el 98*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997, p. 28.

<sup>2</sup> J. Ortega y Gasset: “Competencia”(8/9-2-1931), en O. C., X. Madrid: Rev. de Occidente, 1969, pp. 226-231. -Azorín: “La generación de 1898”(10/18-2-1913), en O.C., I. Madrid: Aguilar, 1975,

mental tan distinto. Por eso, además de intempestivo y sorprendente, fue un nacimiento ambiguo, en cierto modo “caprichoso”, como lo reconoció ese azor de Azorín, que fue quien dio vuelo y vuelco conceptual al neonato, pasando a la historia como su verdadero procreador. Y aunque fue Ortega por diferencia de días quien acuñó primero el término para agrupar en él a quienes rondaban los treinta años de edad en 1913, fue el de Monóvar el que le dio un contenido definitorio preciso, zajando la cuestión de un solo golpe literario.

Ortega se había limitado a decir que *su* generación de 98 -aquellos que en el año del desastre rondaban los quince años de edad- era una generación espuria, ilusoria, huérfana absoluta, adánica, obligada a vivir críticamente y aspirar (sólo aspirar) a remediar los males voceando europeización. Nada había hecho de positivo. Caracterizada principalmente por rasgos negativos, llegó a decir incluso que la enorme realidad que tenía delante -España- no era sino “el nombre de una cosa que hay que hacer”, como si hubiera que empezar a construir un país tan viejo por los cimientos, como si hubiera que partir de cero, como si nada se hubiera hecho hasta entonces. Terminaba su artículo llamando a rebato con una pregunta desmesurada e inquietante: “Pero... ¿dónde está esa generación fantasma?”.

Azorín se dio por aludido y quiso cortar por lo sano. De lo contrario no hubiera comenzado a publicar justo al día siguiente su crónica reivindicativa que tituló precisamente “Generación de 1898”. Así, con pelos y señales y letras gordas, para que se supiera sin rodeos adónde apuntaba su batería. Espoleado por la impertinencia orteguiana contra *los viejos* (sus abuelos y padres generacionales, entre quienes se contaban lógicamente los jóvenes escritores de fin de siglo), y aprovechando el vacío definitorio de su etiqueta, quiso dejar claro qué generación debía ser conocida en verdad bajo el rótulo de aquel año singular. Según él, generación de 1898 sólo podía ser la de quienes entonces -novelistas, poetas y críticos- habían cumplido con especial intención e intensidad, sintetizando en sus productos literarios lo mejor del inmediato pasado, su papel de conciencia denunciatoria del orden establecido y del estado social consiguiente. Nadie podía negar que el desastre había sido para él y su generación más significativo que para Ortega y la suya. Pues si ésta sintió sus consecuencias *a posteriori*; aquélla las vivieron *in actu exercitu*. De ahí que el 98, símbolo de una encrucijada, les perteneciera a ellos más que a los que vinieron después. Por eso el artículo de Azorín es el reverso del de Ortega; una réplica y rectificación en toda forma.

No hubo por lo tanto “apropiación y expolio” de una marca registrada, según lo ha visto

Cacho Viu,<sup>3</sup> sino un simple lance entre dos primeros espadas de generaciones distintas, saldado como se sabe en favor del más viejo. Lo que hizo Azorín en un verbo fue reconvertir el invento orteguiano, término ya público pero vacío, indefinido, lanzado a la arena como apelativo de “fantasma”, en otro lleno de jugoso contenido histórico-literario, poblándolo de rostros conocidos. Pero nadie, aunque sea con justicia, se apropia en vano de los símbolos nacionales, por muy expresado en dígitos que sean.

1898 no era sólo símbolo de una promesa, inocente y expectante (la generación de Ortega), ni de una juventud responsable y preocupada que traía en su alforja una inquietud por los asuntos públicos envuelta en una estética renovadora (la generación de Azorín). Aquel año era también figura de un dolor nacional, de un fracaso anunciado, de una derrota vergonzosa de la que la sociedad española reflexiva, la que había batido ya pluma en mayor o menor medida, se sintió solidariamente responsable. Así lo reconoció el propio Maeztu.<sup>4</sup> Por eso Azorín se creyó con derecho a reclamar aquel año como fecha epónima de su generación. Eso tenía su riesgo, pues evocaba sobre todo un desastre, una pérdida histórica, una historia colectiva, una crisis universal de valores..., y sobre la reclamada “generación del 98”, cuyos límites había definido Azorín frente a Ortega, fue cayendo una lluvia contaminadora en forma de noventayochismo, mixtificando la intención originaria.<sup>5</sup>

De esta forma Azorín, sin pretenderlo, salvó a Ortega de aquel reclamo. El, sin embargo, también sin pretenderlo, se echó sobre sí y los suyos un manto no ya de 98 sino de noventayochismo, a cuyo espesor ideológico el propio Ortega había empezado ya a contribuir.<sup>6</sup> Quizá por eso, y por haberse abierto a la mutua y benéfica influencia las historias literaria y filosófica, repugnando ambas la dictadura ejercida durante tanto tiempo por un marbete

---

<sup>3</sup> V. Cacho Viu, *op. cit.*, p. 118.

<sup>4</sup> Ramiro de Maeztu: “Responsabilidades” (1898), en *España y Europa*. Ed. de María de Maeztu. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1947, pp. 38-40.

<sup>5</sup> “Noventayochismo” era para Ortega, no *su* generación del 98, la que había definido para él y sus coetáneos. Noventayochismo era lo que hacían los hombres finiseculares, aquellos que luego se dieron a sí mismos por medio de Azorín el título de “generación del 98”. Estos representaban sobre todo la *memoria* del pasado evitando, la subjetividad en estado puro; la generación de Ortega representaba más bien el *deseo* del futuro por hacer, la objetividad también en estado puro. Esta contraposición puede ayudar a entender la dinámica generacional y la densificación ideológica a que ha sido sometida la generación literaria llamada del 98.

<sup>6</sup> Miguel Cruz Hernández, *El 98 desde dentro*, “Anuario Filosófico”, Universidad de Navarra, XXX/1 (1998) 34ss.

simplificador, contaminado e impreciso, el concepto “generación del 98”, incluso como quedó definido por Azorín, ha hecho crisis. Sintomáticamente, ya lo criticaron en su tiempo Unamuno, Maeztu y sobre todo Baroja, tres de los más importantes miembros de la nómina señalada por aquél.<sup>7</sup> Es de advertir que la revisión que se está haciendo no lleva de suyo, por regla general, a negar la sustancia de ninguna generación, sino a querer restaurar *el 98 sin más*; esto es, la realidad histórica intelectual de un tiempo especialmente complejo. Pues conmemorar el 98, que es lo que intentamos en CANELA, trasciende lógicamente los límites de la llamada “generación del 98”.

Sólo situando la famosa generación en su momento originario, podremos penetrar en su espíritu y conocer mejor su verdadera talla. No se trata pues en el reconocimiento de esta crisis negar un concepto cómodo ya establecido ni los valores de diversa índole que pueda contener como generación literaria y filosófica; se trata de purificar aquél y de ver ésta inmersa en su contexto. Adaptando la célebre frase de Ortega, tan repetida, diríamos que la generación del 98 es ella y su circunstancia,<sup>8</sup> y si no se salva ésta no se salva aquélla. Operación que supone llevar a cabo dos acciones complementarias: la purificación ideológica del citado concepto y el rescate del 98 sin más.

Desde fecha muy temprana y sin interrupción, desde ángulos muy diversos, desde dentro y desde fuera de la propia generación, se comenzó a crear *noventayochismo*. Ahí están Azorín, Maeztu, Unamuno, Baroja, Ortega, Azaña, “El Debate”, Marañón, Araquistáin, Laín Entralgo..., interpretando el sentido de la famosa generación y su tiempo.<sup>9</sup> Su perfil histórico, al mismo tiempo que parecía enriquecerse con nuevas notas, iba haciéndose cada vez más borroso, más problemático

---

<sup>7</sup> Si por generación cultural se ha de entender un lazo de unión interno, consciente, de índole espiritual y comunitaria, entre personas nacidas en una franja cronológica más o menos estrecha, ninguno de estos tres autores se sienten pertenecer a una *generación*. Así lo da a entender Unamuno en *La hermandad futura* (1918), O.C., VIII. Madrid: Escelicer, 1966, pp. 407-409; Maeztu en carta a J. Ortega y Gasset de 15-X-1911 (Cf. V. Cacho Viu: *Repensar el 98*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997, p. 167) y en su artículo de 1935 “¿Existió la llamada generación del 98?”, *Obra*. Madrid: Edit. Nacional, 1974, pp. 90-91; y Baroja en *Divagaciones apasionadas* (1924), O.C., V. Madrid: Biblioteca Nueva, 1948, pp. 496-497.

<sup>8</sup> Su circunstancia más propia como generación hemos convenido situarla entre 1895 y 1905. Fue su tiempo propiamente “generacional”. Luego derivó en otra cosa.

<sup>9</sup> Es evidente la escasa convicción con que dibuja Azorín la llamada “Generación del 98” (Azorín, O.C., I. Madrid: Aguilar, 1975, pp. 1125-1135). Angel del Río ya notó que lo que hizo realmente fue “definirse a sí mismo”; esto es, proyectar sobre algunos escritores jóvenes de su época su propia sensibilidad (*Historia de la literatura española*, II. Barcelona: Bruguera, 1982, p. 391). Lo que hicieron los demás quedó muy bien sintetizado en el libro de Laín Entralgo (1945).

su uso como concepto generacional... Si nunca hubo acuerdo sobre las causas o hecho constitutivo de su nacimiento, ni sobre el protocolo fundacional de su ideario ni sobre el número de sus componentes, el desacuerdo es hoy tan profundo que se tiende a buscar un concepto globalizador -el concepto “fin de siglo”- capaz de obviar por su misma indefinición, según se dice, las dificultades clasificatorias. Pero las cosas no son tan sencillas.

El concepto “fin de siglo” integraría la llamada generación del 98 y otro movimiento contemporáneo -el modernismo- con el que aquella compartiría una misma *voluntad de estilo nuevo*, aunque con talante diferente.<sup>10</sup> Sin embargo aquel concepto, elaborado para mejor entender la literatura finisecular, excluye a los *viejos*, precisamente a aquellos de los que se reclamaba Azorín en sus famosos artículos de afirmación generacional. Para éste, sin duda, Campoamor, Echegaray y Galdós eran también “fin de siglo”, pues de alguna manera su espíritu estaba allí presente.<sup>11</sup> ¿Pero sólo ellos? ¿Por qué no también Valera, que gozó hasta su muerte fama de buen escritor y eminente crítico? ¿Por qué no Pi y Margall, a quien tanto ensalza como escritor el propio Azorín?<sup>12</sup> Estamos pues ante una madeja clasificatoria imposible de desliar, porque en ella hay tanto de artificio como de ideología.

Pero la verdad, si debe llamarse o no del 98 a aquella singular y famosa generación, no me preocupa. Me parece que no es asunto que pueda conmover a nadie.<sup>13</sup> Lo justo es querer desear

---

<sup>10</sup> Ya E. d’Ors, en 1934, prefirió esta denominación para calificar la “generación del 98”. Hoy hacen lo mismo algunos de los más recientes historiadores de la literatura española. Cfr. F. B. Pedraza Jiménez y M. Rodríguez Cáceres, *Las épocas de la literatura española*. Barcelona: Ariel, 1997, pp. 255-273. -J. -C. Mainer y J. Gracia (Eds.): *En el 98*. Madrid: Visor, 1997, p. 168.

<sup>11</sup> “La generación de 1898, en suma, -escribía el autor en 1913- no ha hecho sino continuar el movimiento ideológico de la generación anterior: ha tenido el grito pasional de Echegaray, el espíritu corrosivo de Campoamor y el amor a la realidad de Galdós” (Azorín, O.C., I Madrid: Aguilar, 1975, p.1135).

<sup>12</sup> Azorín escribe sobre Pi y Margall en 1895: “El ilustre tribuno es una de las personalidades más eminentes de la España contemporánea, uno de los pocos hombres que con más fe y decisión han combatido siempre por la cultura nacional. Sus escritos se distinguen por la serenidad maravillosa con que son tratadas las más arduas cuestiones ¡Y qué estilo! No hay monumento literario, desde el *Fuero Juzgo* romanceado hasta nuestros días, que pueda compararse con la frase armoniosa del autor de *Las nacionalidades...*, ni escritor alguno que con más limpieza, facilidad, elegancia y precisión haya manejado la lengua castellana” (Azorín, O.C. I, p. 96).

<sup>13</sup> Me parece que el esfuerzo por hallar una denominación de origen más ajustada con los hechos es desde luego meritorio, pero no deja por eso de ser al cabo un ejercicio tan “ideológico” como el de los creadores de noventayochismo (J. -C. Mainer y J. Gracia (Eds.): *En el 98*. Madrid: Visor, 1997, pp. 161-175).

llegar directamente a ella, conocer lo que pensó y sintió entre 1895 y 1905, momento todavía en que sus miembros vivían en juventud altiva, fresca y franca, a medio camino de una madurez en marcha. Pero la operación de abordaje exige distinguir entre su tiempo vital aún joven y el de la ideologización posterior.<sup>14</sup> Para ello hay que atenerse en esta cuestión al grito husserliano “*¡A las cosas mismas!*” Es decir, mirar *el 98 desde dentro*, en la plenitud de su contexto más próximo. Y lo que se muestra a esa mirada es que la generación del 98 por excelencia no fue ella misma noventayochista. O si lo fue, no tuvo conciencia de serlo hasta unos años después, y no de la misma manera en todos sus miembros.<sup>15</sup>

Esta conclusión, a la que es posible llegar después de un notable proceso de relectura y análisis, me parece el paso necesario para que la llamada “generación del 98” recobre el lugar que le corresponde en su época y, por consiguiente, en medio de “otras” generaciones *también* del 98, sin las que aquélla carecería de marco de referencia y punto de contraste. La eficacia de esta visión desideologizante tiende no sólo a perfilar el concepto histórico de la famosa generación, recibido borrosamente después de cien años, sino a abrir nuevas vías de comprensión de aquel fin de siglo, de aquel 98, que ha sido visto en muchos de nuestros manuales casi exclusivamente a través de la mentada generación, y por lo demás ideologizada.<sup>16</sup>

El *98 desde dentro* implica por tanto situarse en la compleja realidad de aquel tiempo, y mirarlo no sólo a través de una visión, todo lo singular que se quiera, pero unilateral, sino a través de la mirada de “otras” generaciones contemporáneas. Esto significa que el ver *desde dentro* puede llegar incluso a poner en crisis el mismo concepto de “generación” como categoría historiográfica preferente, pues en realidad una generación no viene a ser otra cosa en historia literaria o filosófica que un instrumento cómodo de delimitación relativa epocal; una herramienta para encuadrar en primera instancia un objeto de estudio. A lo sumo, una generación no deja de ser tan sólo una

---

<sup>14</sup> El de más edad, Unamuno, oscila en este período entre 31(1895) y 41(1905) años; y el más joven, Maeztu, entre 21(1895) y 31(1905) años. Los demás del grupo están comprendidos entre estas cifras extremas. En el 98 Unamuno tenía por lo tanto 34 años, y Maeztu 24.

<sup>15</sup> C. Blanco Aguinaga, *Juventud del 98*. Madrid: Siglo XXI, 1970.

<sup>16</sup> Incluso una persona como José María García Escudero, tan opuesta a las raíces ideológicas de la famosa generación del 98, ha podido escribir estas significativas palabras: “Nuestra visión de España pasa por ellos; lo que hemos visto ha sido porque ellos nos lo hicieron ver; lo que hemos sentido, ellos lo depositaron en nosotros” (*Historia política de las dos Españas*. I. Madrid: Edit. Nacional, 1976, p. 287).

perspectiva.<sup>17</sup>

## 2. Realidad histórica del 98

Así pues, el 98 *desde dentro* está exigiendo ir “más allá” de la famosa generación, no para negarla, sino para asumirla en un todo histórico y cultural más comprensivo. O dicho de otra manera: para que su deslumbrante presencia no nos impida ver la realidad histórica que tras ella se oculta, y en cierto modo la explica. El 98 *desde dentro* está pidiendo por su propio planteamiento, ir de la “generación del 98” como concepto limitativo de grupo al concepto y realidad del 98 *sin más*. Es lo que pretendo ofrecer aquí, sin la ambiciosa intención de agotar el tema, sino en apunte e insinuación. Pero el intento está exigiendo por mi parte una explicación.

Cuando recibí el honor de ser invitado a pronunciar una conferencia en CANELA, en la efemérides gozosa de su décimo aniversario, mi objetivo principal fue exponer ante ustedes un concepto integral del 98. Me parecía que aquel entresiglos español era por regla general una época bastante desconocida en su compleja realidad, siendo tan próxima a nosotros. Había quedado oscurecida entre dos luminares de primera magnitud: Unamuno por el lado de allá y Ortega por el de acá. ¿Podía ser pues un despropósito aprovechar la conmemoración del 98, para hacer un ensayo de inmersión en la *década* que por extensión podríamos llamar de la “crisis de la conciencia española actual”? A mí al menos me pareció una ocasión de oro, e intenté ser fiel al pensamiento orteguiano, que nos alentaba por los años cuarenta a llenar en historia de la filosofía “esos vacíos de conocimiento que se abren como simas entre las grandes e ilustres etapas del pensamiento”.<sup>18</sup> Y también a Unamuno, que casi medio siglo antes nos invitaba a oír el murmullo de la “sub-historia”, ya que la historia, según él, daba razón “de los cuatro que gritan y nada dicen de los cuarenta mil que callan”.<sup>19</sup>

Leyendo pues nuestra historia filosófica y literaria contemporáneas a la luz de estos maestros, me convencí de que ellos mismos se sorprenderían del poco caso que se les ha hecho en su propia

---

<sup>17</sup> “Hay que enfocar los problemas del 98 con una lente menos deformadora que la generacional”, advertía ya en 1960 G. Fernández de la Mora (*Ortega y el 98*. Madrid: Rialp, 1979, 3ª ed., p. 27). - J.-C. Mainer y J. Gracia (Eds.): *En el 98*. Madrid: Visor, 1997, pp. 166-167.

<sup>18</sup> J. Ortega y Gasset, *Prólogo a la Historia de la Filosofía de E. Bréhier*. O.C., I, p. 380.

tierra, a pesar de tanta beatería y manoseo cultural que con ellos se ha practicado. La historia de la crítica generacionista ha tendido por un lado a reducir la realidad histórica de un tiempo denso; y por otro, amplificar el papel que de hecho pudo cumplir en aquella hora precisa la famosa generación. Aquel fin de siglo ha sido visto casi siempre en la manualística escolar moderna bajo el potente foco de esos geniales escritores, y al trasluz de su evolución posterior. Pero, claro, ni ellos fueron *todo* el 98 ni en el 98 alcanzaron todos por igual la madurez. Entre uno y otro extremo se nos escapaba precisamente el 98 sin más.

Por eso el método de aproximación a la generación del 98 no podía ser otro que a través del 98 mismo en la plenitud de su ser histórico; es decir, a otro que a través de ese lapso de tiempo llamado “fin de siglo” que podemos situar convencionalmente entre 1895 y 1905.<sup>20</sup> Porque un año en historia no es un punto geométrico. Por ser tiempo humano, su reloj es como una bóveda de crucería formada por arcos que vienen de puntos mentales y cronológicos muy diversos y alejados y van a apoyarse en otros de igual o mayor diversidad espacio-temporal. 1898 es ese año y los que le anteceden y le siguen..., pero dentro de unos límites para no ser difusos. El 98 es metafóricamente para nosotros la punta de un iceberg en movimiento, que navega en medio de turbulentas aguas formadas por el choque de corrientes y contracorrientes, preñado de diez años de nuestra historia, cuya palpitación quisiéramos escuchar con oído atento. Entre otras razones, porque en la torca profunda de ese iceberg no viaja sola la generación llamada del 98, sino *toda* la España que hemos vivido y conocido hasta hoy.

En efecto, lo primero que observamos en el vientre de esa mole inmensa es la existencia de cuatro generaciones biológicas, todas del siglo XIX. Según el cómputo de E. d’Ors, que toma 25 años como horquilla cronológica de una generación, en 1898 convivían los *abuelos* (nacidos entre 1800 y 1825), los *padres* (nacidos entre 1826 y 1850), los *hijos* (nacidos entre 1851 y 1875) y los *nietos* (nacidos entre 1876 y 1900). La llamada generación del 98 por excelencia sería la de los hijos en sus tres últimas promociones; esto es, los nacidos entre 1861 y 1875, arco temporal, como se ve, ligeramente distinto del propuesto por Azorín.<sup>21</sup>

---

<sup>19</sup> M. de Unamuno, *El porvenir de España*. O.C., III. Madrid: Escelicer, pp. 659-660.

<sup>20</sup> Estas fechas vienen enmarcadas por la publicación de los famosos ensayos unamunianos *En torno al casticismo* y la muerte de Juan Valera, un “abuelo” del siglo, meditador también del 98.

<sup>21</sup> Según el cómputo establecido por d’Ors, cada generación contiene cinco promociones biológicas, una cada cinco años. Si nos atenemos a su criterio, los miembros de la generación del 98 debían tener entonces entre 37 y 23 años de edad. Según Azorín, cuyo criterio ha predominado, los



¿Qué nos advierte esto? Ante todo la prudencia con que debe asumirse un concepto tan notable y consagrado; y no en menor medida la mutilación que supone contar sólo con esta generación para conocer el 98. ¿Sólo habríamos de oír a los más jóvenes de los hijos de ese siglo para saber qué se pensó o se sintió en ese año, y en su franja difusa anterior y posterior? ¿No deberíamos oír también a Valera o Pi y Margall (74 años en el 98) entre sus abuelos, o entre sus padres a Ortí y Lara (72 años), Echegaray (66), Pereda (65), Salmerón (61), Giner de los Ríos (59), Azcárate (58), Anselmo Lorenzo (57), Galdós (55), Costa (52), Torras y Bages (52), Manjón (52), Gener (49), o entre sus hermanos mayores a Pardo Bazán (47 años), Clarín (46), Ramón y Cajal (44), Menéndez Pelayo (42), Méndez Bejarano (41), Zozaya (39), Arintero (38), Maragall (38), o entre los de su misma edad a Dorado Montero (37 años), Vázquez de Mella (37), Felipe Trigo (34), Urales (34), Altamira (32), Blasco Ibáñez (31), Amor Ruibal (29), Menéndez Pidal (29), Besteiro (28), Corominas (28), Asín Palacios (27), Manuel Bueno (24), José María Llanas (23), Bonilla y San Martín (23)...?

¿No habríamos de tener en cuenta, dentro de una justa y ajustada selección, a todos los que sufrieron, sintieron y pensaron aquella franja de tiempo? Sí, si lo que buscamos es el *concepto vivo del 98*, pues todos los que estaban alertas (sean hijos, padres o abuelos) fueron provocados vitalmente aquel año por sucesos enormes, y todos respondieron con la escritura, cada uno a su manera. Ese tiempo fue demasiado fuerte para encajarlo en una fracción de una sola generación; demasiado complejo para verlo únicamente a través de unos ojos, por muy brillante y genial que sea esa mirada desde el punto de vista literario... Porque de lo que se trata es de ver, para mejor comprender en ese punto crítico de su existencia, las posibilidades reales con que contó entonces nuestra historia filosófica y literaria, que siguió su curso apoyada en ellas, al impulso de ellas, contando con ellas...

Naturalmente, no tenemos la vana pretensión de abarcarlas en su totalidad. Sólo ofrecemos un panorama que permita comprender, sin excesiva simplificación, toda la riqueza de ideas que encierra aquel fin de siglo en torno a los problemas candentes del momento. Ciñéndonos, pues, a lo posible, veamos qué “otros” 98, coetáneos de la generación por antonomasia, hemos podido traer a presencia, para que, juntos los diversos 98, podamos ofrecer de aquella época, y de su generación joven más famosa, un concepto vivo y real.

---

miembros de la citada generación habrían nacido entre 1864 (Unamuno) y 1874 (Maeztu); es decir, los que en 1898 tenían entre 24 y 34 años de edad.

### 3. Los “otros” 98

Un crítico tan reconocido como Valera, testigo de aquel fin de siglo, contaba entre la juventud intelectual de entonces, o sea, entre los jóvenes intelectuales del 98, no sólo a novelistas, poetas, dramaturgos y artistas, sino a los miembros de la llamada por él “escuela erudita” (nosotros diríamos hoy “histórica”), entre quienes cita en primer lugar con sincero y matizado elogio a Menéndez Pelayo.<sup>22</sup> Sobre el escenario de los hechos, Valera, un abuelo, es en este sentido notario de su tiempo, conciencia que da fe de la existencia de “otro” 98 distinto de la famosa generación de este nombre, pero no tanto que impida ser reconocido, incluso por ésta, como grupo digno de interés y fuente de inspiración. El testimonio que Unamuno dio poco después que Valera llamando a

---

<sup>22</sup> La juventud intelectual a que se refiere Valera entra en la nómina y cronología de la generación del 98, según los años que señalaron para ésta Azorín, Baroja y d’Ors. La famosa generación sería para Valera una parte de la llamada por él entonces “juventud intelectual”. Escribe a este respecto en 1904: “Con relación a mi persona..., la juventud intelectual, esto es, los que han empezado a escribir mucho después que yo y pudieran considerarse como espirituales hijos míos y hasta como nietos, bien puede afirmarse que empieza a florecer y a dar razón de sí desde el año 1868 ó 1870 en adelante”. En la nómina de esta juventud, después de citar a algunos profesores (entre ellos a Menéndez Pelayo y a Unamuno), a los novelistas (cita implícitamente a Baroja y Valle-Inclán) y a los poetas líricos (cita expresamente a Rubén Darío), escribe: “Hay, por último, en nuestros días otra fuerza motriz del pensamiento español que le presta carácter, y que es, en mi sentir, lo que más contribuye a nuestro enérgico y propio desarrollo intelectual y a restaurar por el mundo el alto concepto de España como nación civilizadora, fecunda y rica, no sólo en poetas y artistas, sino también en sabios y en filósofos. *Este florecimiento castizo, entiendo yo que debe considerarse como de la juventud intelectual*”. Figura señera y madura de esa juventud es, según Valera, Menéndez Pelayo (42 años en 1898), cabeza de la llamada “escuela erudita”, que si “peca a veces por demasiada prolijidad..., presta aliento y confianza al pensamiento español”. A dicha escuela pertenecen, entre otros, Rodríguez Carracido (46 años), Rodríguez Martín (43 años), E. Cotarelo (41 años), R. Menéndez Pidal (29 años. Citado implícitamente. Le recuerda en otro lugar junto con éstos, p. 1168) y Bonilla y San Martín (23 años). De este último dice que “debe ser contado entre lo más egregio de nuestra juventud intelectual”. Podría haber ampliado la nómina, y para ello deja abierta la puerta con la frase “...y algunos otros no menos dignos de aplauso” (p. 1168). Por tanto, podría haber citado también a los jóvenes de aquella hora M. Asín Palacios y T. Carreras Artau, que ya contaban en su haber con algún que otro trabajo publicado. En conclusión, según Valera, la “juventud intelectual” de aquel fin de siglo cobijaría tanto a los literatos (novelistas y poetas) como a los de la “escuela erudita”. La generación posteriormente llamada del 98 no fue captada por él plenamente, si bien hay fundados motivos para pensar que la incluyó en la denominada por él “juventud intelectual modernista y cosmopolita” (p. 1176). El la atisbó en la novela, en la poesía, en el drama y, en general, en lo que él llamó literatura terapéutica y regeneracionista. En definitiva, lo que interesa destacar es que para Valera, crítico sagaz reconocido por tirios y troyanos, hay “otro” 98 valioso y digno de atención, además de la llamada “generación del 98”, esto es, la escuela

Menéndez Pelayo “mi maestro” (más tarde lo llamaría “mi verdadero maestro”), añadiendo en son de elogio que el gran polígrafo era “un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados”..., es un claro indicio de profunda y esencial afinidad entre los “dos” 98, al menos en algunas de sus cumbres más elevadas.<sup>23</sup> Otros miembros de la famosa generación, Baroja, Azorín y Maeztu, reconocieron en medio de críticas matizadas los méritos de Menéndez Pelayo y de los más relevantes miembros de su escuela.<sup>24</sup> ¿Cómo íbamos, pues, a olvidar este “otro” 98, cuando era un clamor el reconocimiento de sus valores y la misma generación de este dígito bebió en sus fuentes y reafirmó en parte su identidad frente a él? ¿No se desvivían ambos 98 por caminos diferentes, en ansias de renovación espiritual para sí y para España?

Hubiera sido necesario haber hecho una revisión profunda, también *desde dentro*, de aquel momento espléndido de la escuela histórica española en su doble vertiente románica y arabista, entre quienes figuraban los jóvenes Asín Palacios y Menéndez Pidal. Hubiéramos visto al primero bregar con su *Algazel*, célebre místico y filósofo persa del siglo XI, oteando desde el alto alminar musulmán algunos misterios de la escolástica cristiana, o a Menéndez Pidal, “tan modesto como sabio” al decir de E. Merimée precisamente en el 98,<sup>25</sup> quemar su vista entre códices medievales para alumbrar una nueva época de la filología española... Pero como no era dable el intento por lo excesivo, quise traer a ustedes al menos su noticia.

“Otro” 98 que convive con la clásica generación, sin el que ésta quedaría huérfana de contraste filosófico, son las diversas corrientes de pensamiento de la España finisecular: idealismo

---

erudita o histórica.

<sup>23</sup> Unamuno, *Sobre la erudición y la crítica* (1905). O.C., I, p. 1271. Entre los eruditos que “salva” Unamuno, se encuentra también Menéndez Pidal (*Ibid.*, p. 1272). Nótese, además, que Unamuno valoraba la prosa de Menéndez Pelayo “por su amplitud, valentía y jugoso vigor”(Cfr. *Epistolario de Menéndez Pelayo*, XVI. Edic. de Manuel Revuelta. Madrid: F.U.E., 1988, p. 420.) Hay una notable coincidencia en este punto entre Unamuno y Clarín. Escribía éste al santanderino en 1900: “No siendo Vd., yo no veo ningún erudito español que sea además artista, pensador, hombre original y fuerte y enterado de veras de otras cosas” (Cfr. *Ibid.*, XV, p. 346).

<sup>24</sup> P. Baroja, *El tablado de Arlequín* (1904). O.C., V, p. 30. -Azorín, *La crítica literaria en España* (1893), *Moratín* (1893), *Buscapiés* (1894), *Anarquistas literarios* (1895), *Charivari* (1897), *Clásicos y modernos* (1913). O.C., I. Madrid: Aguilar, 1975, pp. 8, 18, 37, 57, 97, 150, 1122. -Maeztu, “El dinero frente a la Iglesia”(1899), en *Artículos desconocidos*. Edic. de E. Inman Fox. Madrid: Castalia, 1977, p. 83; *Ibid.*, “El patriotismo estático y el dinámico”(1912), en *Los intelectuales y un epílogo para estudiantes*. Madrid: Rialp, 1966, pp. 105-109.

<sup>25</sup> *Epistolario de Menéndez Pelayo*, XIV. Edic. de M. Revuelta. Madrid: F. U. E., 1987, p. 348.

hegeliano y krausista (Pi y Margall, Salmerón, Federico de Castro, González Serrano, Azcárate, Giner de los Ríos), neo-kantismo y espiritualismo ecléctico (Valera, Nieto Serrano, Perojo), tradicionalismo católico y neo-escolástica (Ortí y Lara, Manjón, Torras y Bages, Menéndez Pelayo, Pidal y Mon, Arintero, Vázquez de Mella), positivismo y darwinismo (Casanova, Cajal, Gener, Dorado Montero, Simarro), anarquismo (A. Lorenzo, Juan Montseny), socialismo-marxismo (Jaime Vera)... Tampoco aquí era cuestión de agotar el tema. Baste para ampliar la perspectiva metodológica indicar la presencia entre nosotros de esas corrientes, observar su heterogeneidad y anotar que entre esos diversos 98 navega filosóficamente irredenta, entre escollos de razón y fe, partida el alma entre la ciencia y la conciencia en medio de una crisis general de valores, la famosa generación.<sup>26</sup>

#### 4. Los pensadores del 98 y la idea y proyecto de España

Después de haber presentado los diversos 98, corresponde ahora conocer lo que pensaron sobre España en aquella circunstancia histórica finisecular (1895-1905). Para ello nos interesa tomar el pulso a *los pensadores del 98*, a quienes fueron testigos lúcidos en aquella encrucijada, pertenezcan o no a la famosa generación. Naturalmente hablaremos de ésta, pero no ocultaremos lo que se dijo fuera de ella, para tener una visión más rica de la realidad histórica. Se pensó entonces sobre asuntos de muy diversa índole que van de la filosofía a la sociología pasando por la historia,

---

<sup>26</sup> En ella influyeron de una u otra manera, aparte diversas tradiciones españolas literaria, filosófica y mística -el Quijote, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Balmes, Donoso Cortés...-, pensadores europeos como Kant, Hegel, Kierkegaard, Schopenhauer, protestantismo liberal, Marx, Spencer, Nietzsche, Darwin, Kropotkin, Bergson... Por otro lado, es conocido el cordial rechazo de Unamuno -el más filósofo del grupo- al método escolástico, definido por él como “una combinatoria para preparar un mate en el tablero” (I, pp. 746-747). También es de notar su apasionada adhesión a la mística. También es interesante comparar la *Tradició catalana* (1892) del tomista Torras y Bages con los ensayos de Unamuno de 1895, recogidos después bajo el título *En torno al casticismo* (1902). La proximidad de las fechas entre el libro de aquél y la elaboración unamuniana de conceptos como intra-historia, tradición eterna, patriotismo..., y sobre todo la voluntad que se aprecia en sus ensayos de responder a los regionalismos emergentes, entre ellos el catalán, hacen sospechar que Unamuno tuvo muy en cuenta la doctrina del primero. Si esto es así, hay que concluir que el amor a Castilla, tan característico de Unamuno y de su generación, no fue solamente, al menos en el rector de Salamanca, una cuestión estética, como tantas veces se ha dicho, sino política.

la literatura, la política, la religión, la cuestión social, la ciencia, la economía, la agricultura... Sin embargo, todos esos asuntos podemos resumirlos en una palabra: *España*. Fue en realidad el pensamiento de los pensamientos. Y a esto nos limitamos aquí.

Ella acaparó toda la atención. Fue el tema estrella, casi el único tema. Y no sólo eso. España se presentó a la conciencia general como un “problema” radical. Y por serlo de veras, cuanto interesó al hombre español entonces tuvo ahí su punto de anclaje. Incluso el trabajo de alta especialización científica, aparentemente alejado de lo cotidiano, lo podemos ver hoy como fruto de una meditación previa sobre España. Ramón y Cajal, por ejemplo, premio Nobel de Medicina en 1906, levantó la histología a la altura que todo el mundo sabe, espoleado, como él mismo dijo, por “un sentimiento profundo de nuestra decadencia científica”.<sup>27</sup> Y Angel Amor Ruibal, otro hombre de “laboratorio”, reflexivo y paciente filólogo, nos dice que su *Introducción a la ciencia del lenguaje* (1900), había sido publicada con la intención de “cooperar de alguna manera a la restauración de una disciplina tan española en sus comienzos..., como alejada hoy de nuestro suelo, y casi ajena en absoluto al ambiente literario de nuestra patria”.<sup>28</sup>

La idea de decadencia y la necesidad de regeneración, tan brillantemente expuesta por J. Costa y otros “regeneracionistas” antes y después del 98, era una atmósfera común que se respiraba hasta en los más apartados gabinetes científicos y en las más piadosas asambleas católicas<sup>29</sup>; un sentimiento tan intenso que fue capaz de remover las entrañas de gente no política, dedicada al patriotismo silencioso del trabajo inclinada sobre el microscopio o sobre los códices medievales o

---

<sup>27</sup> S. Ramón y Cajal, “Reglas y consejos sobre investigación científica (Los tónicos de la voluntad)”, en *Obras literarias completas*. Madrid: Aguilar, 1969, p. 469. El mismo cuenta que se decidió a hacer ciencia para llenar el hueco que de ella notaba en España. En España pensaba en sus años mozos, cuando todavía era una promesa científica, y en ella también siendo ya una celebridad. Apenas consumado el desastre, escribía en diciembre de 1898: “¡Ojalá que este humilde folleto [las *Reglas y consejos...*] que dirigimos a la juventud estudiosa sirva para fortalecer la afición a las tareas del laboratorio, así como para alentar las esperanzas un tanto decaídas, después de recientes y abrumadores desastres, de los creyentes en nuestro renacimiento intelectual y científico” (*Ibid.*, p. 470).

<sup>28</sup> A. Amor Ruibal, *Los problemas fundamentales de la filología comparada*. Su historia, su naturaleza y sus diversas relaciones científicas. Primera parte. Santiago: Tip. Galaica, 1904, p. XI. -Maeztu oponía a las “gentes de letras” que pululaban por los periódicos, pagados de rutina y superficialidad, “los diez mil hombres en España que estudian en sus casas y trabajan y crean y son desconocidos. A ellos les pertenece el porvenir. A fe que ya es hora de que salgan a luz” (R. de Maeztu, *España y Europa* Buenos Aires/México: Espasa-Calpe, 1947, p. 27).

<sup>29</sup> *Crónica del 5º Congreso Católico Español, celebrado en Burgos el año 1899*. Burgos: Imp. de

simplemente en actitud religiosa de adoración ante el altar. Hubiera sido interesante poner aquí, en pacífica confrontación, el pensamiento minucioso y poliédrico de las tres generaciones biológicas del siglo XIX sobre el pasado, presente y futuro de España; sobre las causas de la decadencia asumida ; sobre el presente “doloroso” y sobre lo que convenía hacer para poner a España en forma. Veríamos los diversos sentidos que traía una conciencia tan común, expuestos tan en carne viva en aquel fin de siglo. Pero no. Ya hemos dicho que nuestra pretensión es señalar el camino y no querer demasiado. Aquí nos detenemos. Ya habrá ocasión de exponer con detalle la idea y proyecto de España de los *pensadores del 98*.

## 5. Conclusión

El deseo de ir más allá de la tan manida generación del 98 no ha nacido de una actitud negativa frente ella, sino de una metodología histórico-filosófica comprometida con la irreductible tensión de los miembros que la integran y con su ejercicio en el mayor grado de exigencia y responsabilidad. Eso significa que se ha intentado poner en el fiel de la balanza -un fiel inestable, por humano- lo que a la subjetividad, la objetividad y a la realidad corresponden. Naturalmente, no soy tan iluso como para pensar que he logrado el pleno acierto. Pero abrigo el convencimiento de lo necesario que era meditar sobre la crisis de un concepto para acercarnos a la realidad histórica a la que apunta. No en vano un concepto es tan sólo una meditación que nos acerca o nos aleja del ser.